

fuera de su Iglesia. Jesucristo es el verdadero Mesías, es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo; tomó nuestra carne y en ella nos redimió, devolviéndonos la herencia del cielo que habíamos perdido, desatándonos de las duras cadenas de nuestra esclavitud, haciéndonos en suma felices. No seamos, pues, ingratos y rebeldes; antes por el contrario procuremos ser buenos cristianos, cumplidores de la divina ley y exactos en el cumplimiento de todos nuestros deberes. Hagamos públicos los homenajes de nuestra fé para confusion de los incrédulos, y así mereceremos que nuestro Redentor amabilísimo que nos abrió las puertas de la gloria con su muerte, nos conduzca á ella despues de la nuestra! para que uniendo nuestros ecos con los de los bienaventurados, cantemos las alabanzas del Excelso por los siglos de los siglos. *Amen.*

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

DESPUES DE LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA.

La hipocresía, vicio farisáico, es detestable á los ojos de Dios, porque se opone á la verdadera piedad, que exige de nosotros que le adoremos en espíritu y en verdad.

Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est á me.

Este pueblo me honra con los labios:
mas el corazon de ellos lejos está de mí.
Math. cap. XV, v. 8.

Que debemos amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, y con todas nuestras fuerzas, es una verdad que nos advierte la Iglesia, cuando le pedimos la fé, haciéndonos saber que así lo hemos de practicar, si queremos participar de la Bienaventuranza. Tal debe ser nuestro amor á Dios, y de tal modo nos hemos de aplicar á la exacta observancia de su divina ley, que no haya cosa alguna de la tierra que pueda separarnos de la caridad de Dios: así el apóstol San Pablo escribiendo á los romanos les dice; cierto

estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes, ni venideras, ni fortaleza, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura nos podrá separar del amor de Dios (1). Tal fué la caridad que distinguía á los cristianos de los primeros siglos, y la que hoy distingue á muchos hijos de la Iglesia, que animados por una fé viva, adoran á Dios en espíritu y en verdad. Empero por desgracia existen otros muchos que frecuentando los templos, usando siempre de palabras compuestas, y mostrando al mundo ser hombres de piedad, conservan una venenosa ponzoña en el corazón, siendo por lo tanto unos verdaderos hipócritas.

La hipocresía es el extremo contrario del escándalo, y como este un camino del infierno. Como quiera que es imposible engañar á Dios, resulta que el hipócrita no hace otra cosa con su falsa piedad que irritar mas contra él la justicia de Dios, de ese Dios que no puede menos de aborrecer la mentira. En el Evangelio de la presente feria encontramos consignada esta verdad. Escandalizáronse unos escribas y fariseos, porque los discípulos del Señor no se lavaban las manos para comer: y como le hubiesen dicho al Salvador que por qué no observaban esta tradición, les dijo Jesus: ¿Y vosotros por qué traspasais el mandamiento de Dios por vuestras tradiciones? Respuesta oportunísima y propia de labios de un Dios, que los daba en rostro con su hipocresía, pues queriendo ellos que se observasen las tradiciones, no cuidaban de observar los mandamientos. Por esto el Señor les dice: «Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo me

(2) Ad Rom. cap. VIII. v. 38 y 39.

honra con sus labios, pero el corazón de ellos, lejos está de mí.» *Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est á me.* Verdad es esta que sin temor podemos aplicar hoy á aquellos hijos de la Iglesia, que mostrando un celo extraordinario por la honra y gloria de Dios, solo tienen una falsa piedad, toda vez que sus corazones están apegados á las cosas del mundo, y que á través de esa religiosidad que aparentan, viven envueltos en los vicios, con la misma tranquilidad que si no pudieran ser sorprendidos por la muerte y recibir un castigo eterno. Sí; de estos dice Jesucristo, como de los fariseos de nuestro Evangelio; «estos me honran con sus labios, pero tienen su corazón á gran distancia de mí.»

Al leer, pues, el Evangelio de este dia, con objeto de sacar de él instruccion para enseñar á los fieles, ¿qué otra cosa os parece deberá proponerse el ministro de Dios? No otra cosa que lo que yo me he propuesto; rasgar de arriba abajo el velo que cubre á los hipócritas, arrancar la máscara, bajo la cual encubren su perfidia, y hacerles conocer, que han errado el camino de la verdad: que el Señor no acepta sus oraciones, que lejos de alcanzar por ellas piedad, solo logran el armar el brazo de su justicia contra ellos. ¿Habeis estudiado, mis hermanos, el espíritu del cristianismo? Pues, sabed que es espíritu de verdad: por lo tanto no hay cosa mas opuesta á la verdad de nuestra religion que la falsa piedad de los hipócritas.

No dudo que habeis ya conocido la idea del presente discurso. Combatir la hipocresía, y demostrar los caracteres que deben distinguir á la verdadera piedad, será todo mi objeto. Para procurar la mayor claridad y el mejor orden en las ideas, divido la oracion en dos

partes. En la primera os demostraré con pruebas luminosas que la hipocresía merece justos castigos de Dios por oponerse á la verdad del cristianismo. En la segunda vereis las ventajas de la piedad verdadera, y por cuanto os diga en ambas, os movereis á apartaros del vicio farisáico de la hipocresía que tan odioso es á los ojos de nuestro Dios.

Para el mejor acierto, imploremos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola cordial y devotamente. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El hombre, criatura formada por Dios, y adornada por el soplo de la divina inteligencia con un alma racional, está en el deber de dirigirse á Dios con homenajes sensibles por parte del cuerpo, y en espíritu y verdad por parte del alma, y este homenaje lo exige el Señor de sus criaturas. No obra, pues, rectamente ni conforme á la voluntad soberana del Criador, el que honrándole tan solamente con los labios, desvia de él los afectos de su corazón poniéndolos en las cosas criadas. La hipocresía que es la que de tal modo abra, no es nueva por cierto, ni tiene su origen en el pueblo cristiano. La Escritura santa nos habla de hipócritas que han existido en todo tiempo, y nos hace conocer la antigüedad de este vicio.

Voy á demostrar por algunos pasajes bíblicos los castigos que Dios ha enviado siempre á los hipócritas. Remontémonos á la primera edad del mundo y observemos á los dos hermanos Cain y Abel, ofreciendo dones al Señor. ¿Cómo es que siendo Dios justo miró á

Abel y á sus presentes, no siendo aceptados los de Cain (1)? Porque el primero se los ofreció con toda la voluntad de su corazón, y en Cain conoció el Señor que no habia la fé que en su hermano, segun la esplicacion que dá san Pablo (2). Esta misma falta de fé y verdadera piedad le arrastró á cometer el crimen de fratricidio dando muerte á su hermano Abel. «Maldito serás sobre la tierra que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano vertida por tu mano: cuando la labrares no te dará sus frutos, vagamundo y fugitivo serás sobre la tierra (3). ¿Cuál fué la causa de ser reprobado el rey Saul? No otra sino el haber aparentado ó fingido cumplir la voluntad del Señor que se le habia manifestado por Samuél, ordenándole pasase á cuchillo á Amalec y á todos los Amalecitas. Pues qué: ¿no hizo morir á doscientos mil de á pié, y á diez mil hombres de Judá? Sí; pero fué un hipócrita toda vez que contra la orden espresa de Dios, dejó con vida al rey Agag, y se reservó para sí los mejores rebaños, habiéndole el Señor mandado que todo lo destruyese. Irritado Dios por esta conducta de Saul, dijo á Samuél: Me pesa de haber hecho rey á Saul, porque me ha dejado y no ha puesto en obra mi palabra (4). La pérdida de su trono fué el castigo de su desobediencia é hipocresía (5).

Entre todos los sucesos que nos refieren las sagra-

(1) Génes. cap. IV. v. 4 y 5.

(2) Fide plurimum hostiam Abel, quam Cain obtulit Deo, per quam testimonium consecutus est esse justus, testimonium perhibente numeribus ejus Deo, et per illam defunctus adhuc loquitur. Ad. Hebr. cap. XI. v. 4.

(3) Génes. cap. IV. v. 11 y 12.

(4) Poenitet me quod constituerim Saúl regem: quia dereliquit me, et verba mea opere non implevit. I. Reg. cap. XV. v. 11.

(5) Pro eo ergo quod abjecisti sermonem Domini, abjecit te Dominus ne sis rex. I. Reg. cap. XV. v. 23.

das páginas y que podamos atraer para pruebas de la materia que venimos tratando, ninguno llama mas mi atención que el que encontramos consignado en el segundo de los sagrados libros de los Reyes, sobre la maldad de Absalon, hijo de David. Revelóse contra su padre, y ocultando la maldad que abrigaba en su corazón, le honraba tan solo con sus labios, y puesto á la puerta del palacio de David, celebraba la bondad de los que se acercaban á pedir justicia, y exclamaba con la mas refinada hipocresía. ¡Oh! ¿Quién fuera juez sobre la tierra, para que viniesen á mí todos los que tienen negocios y los decidiese segun justicia? Queriéndose captar la voluntad de los vasallos de su padre, alargaba á todos la mano fingiendo una bondad y sencillez de corazón que en verdad estaba muy lejos de poseer. Nada perdonó para poner en juego sus maquinaciones y así pidió licencia á su padre para pasar á Ebrón á cumplir unos votos que tenia hechos al Señor. Obtuvo el permiso de David, y allí adonde mostró ir para ejercer actos de piedad, fué donde levantó la conjuración. ¿Pero cuál fué el castigo que por su maldad recibió del cielo? Oídlo y horrorizaos: acaeció, dice el Sagrado Testamento, que yendo Absalon montado sobre un mulo se encontró con la gente de David: y habiendo entrado por debajo de una espesa y grande encina, y pasando adelante la bestia en que iba montado, quedó colgado entre el cielo y la tierra (1). Así concluyó sus dias aquel mal hijo, tan hipócrita como pérfido que mostraba amor y veneración á su padre, al tiempo mismo que abrigaba en su corazón los mas viles proyectos.

Sin detenernos en citar otros muchos ejemplos

(1) II. Reg. cap. XVIII. v. 9.

bíblicos, yo os pregunto: ¿á qué castigo no se harán acreedores aquellos cristianos que postrándose en tierra y ante los santos altares bendicen á Dios y le alaban con sus labios, al tiempo mismo que le declaran la guerra, quemando incienso ante el ídolo de sus vicios? ¿Cuánto no ofenderán á Dios é irritarán su enojo, aquellos que mostrando ante las gentes mucha piedad y religiosidad, cometen en la oscuridad y el silencio maldades de gran tamaño? Todos estos no tienen de piedad mas que las señales: son para Dios lo que seria para el literato estudioso una crecida biblioteca llena de libros, perfectamente encuadernados, pero cuyas hojas estuviesen en blanco, objeto inútil, objeto de desprecio. Contra los que así obran lanza el Señor sus anatemas. Aquel hombre que veis en la Iglesia, entregado á la oración, y de quien sabeis que comercia con sangre del pobre, y que forma su caudal con la usura, ese es un hipócrita. Aquel eclesiástico que aparentando piedad, viste siempre con la honestidad propia de su estado, frecuenta las funciones sagradas, y muestra un aspecto humilde; si su corazón está dado á la avaricia y lejos de hacer limosnas, trabaja por atesorar, es un hipócrita. Aquella mujer casada, que pasa el dia de iglesia en iglesia, que siempre se halla en todas las fiestas sagradas: si por esta causa desatiende sus obligaciones, y tiene abandonados á su marido y á sus hijos, es una verdadera hipócrita, porque todos estos desobedecen á Dios que estima mas la obediencia que los sacrificios (1), y por consiguiente es falsa la piedad que manifiestan.

(1) MELIOR est enim obedientia quam victimæ. I. Reg. cap. XV. versículo 22.

¿En qué está, mi hermanos, el mal? ¿Cuál es la causa ú origen de esa falsa piedad que se observa en muchos cristianos? No es otra sino ese empeño insensato de querer conciliar el espíritu de Dios con el espíritu del mundo, que es lo mismo que querer unir la luz con las tinieblas. Dios habla continuamente al corazón de la criatura y le dice: «Adórame en espíritu y verdad; no te apartes del cumplimiento de mis mandatos; huye de los placeres del mundo que conspiran contra tu alma; vigila y ora, y estarás prevenido para no dejarte sorprender.» A su vez el mundo grita: «Sígueme, disfruta de los placeres que te ofrezco: las riquezas te harán feliz; procura el adquirirlas y no te pares en los medios; embriágate con la copa del deleite, y no te opongas en nada al desahogo de tus pasiones. «El hombre en su loca fantasía quiere conciliar ambos extremos, quiere formar una liga que es imposible pueda existir: se propone dividir su corazón entre Dios y el mundo, y así dedican la mañana para la piedad y la tarde para el pecado. Satisfechos con este modo de obrar tan contrario al espíritu del catolicismo, créense buenos cristianos observantes de su ley, y pretenden ser bien reputados entre los hombres, aunque sus costumbres sean las mas perversas.

Ved aquí el crimen de los fariseos, á quienes Jesucristo da en rostro con su hipocresía, quejándose de ellos y diciendo: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est á me.*

En efecto, querian aparentar austeridad, demostrar piedad, y vivir en el goce de todos los placeres y comodidades de que podian rodearse. A los cristianos nos advierte Jesucristo que es imposible servir á dos señores: ó tenemos que seguir á Dios y abandonar el

mundo, ó servir al mundo y abandonar á Dios. Esa liga que formar quiere el hipócrita no puede existir; y como quiera que para ser bueno necesita el hombre todas las virtudes, y para ser malo le basta un solo vicio, el que por mas que esté entregado á los actos de piedad, tiene el corazón entregado á una pasión, de la cual no procura desasirse, es malo, es un hipócrita.

¿Dónde están esos varones de acreditada piedad, esos hombres fieles que muestran con sus obras la fé que abrigan en su corazón; esos verdaderos cristianos que dan á Dios una adoración en espíritu y verdad, según que el Señor exige de nosotros? ¡Ah, mis hermanos! no los busqueis bajo los velos de la soberbia; buscadlos sí bajo la capa de la humildad: son aquellos que no hacen alarde de piedad, que no van contando á todos los ayunos que hacen y las penitencias que practican; son aquellos en suma que practican el bien sin mezcla de maldad. Infaliblemente llegará una hora en que el hombre dejando de existir se tendrá que presentar ante un tribunal rectísimo, ante el tribunal de Dios, y allí aparecerán las cosas tales como son en sí: el hipócrita yacerá en el lecho del dolor, y conocerá que sus horas van concluyendo; las lágrimas se asomarán á sus ojos; pero no serán lágrimas de dolor, sino mas bien de desesperación, porque no puede representar por mas tiempo la farsa que por tantos años sostuvo. Los que rodean su lecho tal vez le miran con envidia y desean su suerte: le vieron piadoso, limosnero, asistente á los templos; observaron su semblante siempre modesto, y creen por lo tanto que su muerte será un tránsito para la eternidad. Y lo creen así, por que no vieron sus adulterios; estuvo oculta su avaricia; no se apercibieron de sus fraudes; no habian llegado á